



VISIÓN DE LA NATURALEZA EN UN LUGAR PARECIDO AL PARAÍSO, DE ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

José Cenizo Jiménez.
Universidad de Sevilla.

Nuestra comunicación tiene como fin el análisis, desde un punto de vista literario, de la presencia de la naturaleza, en su doble vertiente -física y simbólica-, en la novela *Un lugar parecido al paraíso*, del escritor Antonio Rodríguez Almodóvar. Éste natural de Alcalá de Guadaíra (Sevilla), donde nació en 1941, es catedrático de Lengua y Literatura en el I.E.S. «Ramón Carande» de Sevilla y doctor en Filología Moderna. Amén de por su actividad política (fue Primer Teniente Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla y director del Pabellón de Andalucía en la Exposición Universal de 1992), es conocido por su faceta de investigador y escritor. Fruto de lo primero son sus libros *Lecciones de narrativa hispano-americana*, publicado por la Universidad de Sevilla en 1970, *La estructura de la novela burguesa*, publicado en 1976, o la edición y traducción de *La estructura del Quijote*, de Knud Togeby (Universidad de Sevilla, 1977 y 1991), y, sobre todo, sus obras de recuperación de los cuentos españoles de tradición oral, divulgados en libros tan conocidos como *Cuentos maravillosos españoles* (Crítica, Barcelona, 1982), *Cuentos al amor de la lumbre* (Anaya, Madrid, 1983-84), que fue Premio Nacional en 1984, o *Cuentos de la media luna* (Algaida, Sevilla, 1985 y ss.). Como escritor, ha transitado por géneros como la poesía -*A pesar de los dioses* (Renacimiento, Sevilla, 1994)-, los relatos fantásticos -*El bosque de los sueños* (Siruela, Madrid, 1993)-, y la novela -*Variaciones para un saxo* (Cátedra, Madrid, 1986) o *Un lugar parecido al paraíso*-.

Precisamente de esta obra nos ocupamos en nuestro estudio. *Un lugar parecido al paraíso*, de tan hermoso título, es una novela que obtuvo el Premio Internacional de Literatura Juvenil «Infanta Elena» en 1991, con un



jurado compuesto, entre otros, por Luis Rosales, José L. Olaizola o Emili Teixidor. Fue publicado por la editorial madrileña Labor en 1991 (dos ediciones) y posteriormente el mismo autor, a través de su iniciativa «Galaroza editores», la reeditó con una atractiva portada, en 1996 (ésta es la edición que manejamos aquí para nuestras citas). Se espera aún una próxima cuarta edición, posiblemente en la editorial Anaya.

Aunque avalada por un premio de categoría «literatura juvenil», el libro es absolutamente apto para la lectura general, para un público adulto, al que las aportaciones de filosofía, de romanticismo, de acción y de buen estilo narrativo tampoco defraudarán. Así pues, básicamente novela para jóvenes, escrita pensando en los niños y adolescentes, pero que no desencantará en absoluto a los mayores, pues sus méritos son más que sobrados para no aburrir ni resultar lastimera o tópica.

Sintetizaremos el argumento para situar a los lectores. La acción transcurre en un pueblecito andaluz de la sierra («apenas un brochazo de cal entre montañas»), en los años cincuenta de la terrible posguerra española. Aunque no se dice nunca el topónimo, este pueblo pequeño es uno de los que con tanta armonía y belleza adornan la sierra de Huelva, con nombres que son «un rosario de perlas serranas, de cuentas verdes y sonoras», en palabras del poeta Enrique Baltanás:¹ Cortegana, La Nava, Fuenteheridos, Aracena, Galaroza, etc. Rodríguez Almodóvar describe, sin nombrarlo intencionadamente, para apurar la universalidad del relato, uno de estos pequeños pueblos de la sierra de Aracena. Lo sabemos por los detalles orográficos, por el léxico de plantas y animales, por la cultura y el acervo popular reflejado, etc. El escritor posee una casa de descanso en Galaroza y está, así, plenamente en contacto e identificado con estos lugares. Desde los años sesenta visita con frecuencia este lugar; de allí es su mujer, Aurora, y de Galaroza ha llegado a escribir que es «el pueblo más bonito de España».² De ahí que presentemos este estudio en el contexto de estas Jornadas del Patrimonio de la comarca de la Sierra de Huelva.

¹ Enrique Baltanás, «De la diversa Andalucía. Subida a la Peña de Alájar», revista *Almotacén*, 82 (Sevilla, junio 1999), pp. 33-34.

² Antonio Rodríguez Almodóvar, «De mi vida», en *El Heraldo de Padilla*, 1 (Sevilla, 1982).



Un lugar parecido al paraíso cuenta la historia de Zarco, un niño pobre, que entra al servicio de don Víctor, extraño personaje, mal mirado por los vecinos porque llegó de fuera, vive solo y, además, tiene en su casa un cachorro de lobo, animal tabú, temido por los aldeanos. El chico se encarga de cuidarlo. Un día escapa el lobezno, con un resto de cadena al cuello, y el pueblo, previendo que aquél atacará al ganado, sale en su caza. Justo cuando lo tienen a tiro, Zarco toca la armónica y el lobo escapa, con una oreja de menos. El chico decide salir solo al monte. Allí da muerte a un lobo sarnoso. Le corta una oreja, le ata al cuello un trozo de cadena y, de esta guisa, lo lleva a la plaza del pueblo. Cumple así un doble objetivo: demostrar su hombría y proteger a su lobezno de las iras de los convecinos. Zarco abandona el pueblo. Una semana después, un porquero ve un lobo huido sin oreja y con una cadena rota al cuello. La leyenda está servida.

La obra se lee con facilidad, gracias a un ritmo rápido, de frases breves, con adecuada mezcla de pasajes narrativos, descriptivos y dialogados. Tiene enormes posibilidades cinematográficas: panorámicas del paisaje serrano, acción y suspense en la cacería del lobo, zooms de aproximación (como ante el escondrijo del animal), planos alternantes entre la conversación intimista de Zarco y Marta y la de los cazadores, etc.

El lenguaje es sencillo, y muy poético a veces. Sobre todo, el narrador parece estar contándonos «cuentos al amor de la lumbre». Se introduce y nos introduce en los que acontece y en lo que sienten los personajes, mediante el estilo indirecto libre: «De modo que era eso. Que don Víctor no quería saber nada de mujeres (...)».

El nudo y el desenlace de la acción -la caza del lobo- son vibrantes, densos, expectantes, incluso el final es inesperado, y, desde luego, conmovedor. Quizá la presentación es más anodina y plana.

Se trata de un relato de dimensiones ecológicas y de carácter iniciático. En cuanto a lo primero, observamos una presencia constante de la naturaleza, tanto en un plano de presencia real como simbólico. Zarco, el chico protagonista, está muy unido al entorno natural, que, ya lo hemos dicho, se correspondería, aunque no se explicita sino mediante detalles, con el de la



alta sierra de Huelva. Este marco natural de la sierra es descrito por el autor -quien, según el crítico Jorge Bogaérts, «conoce, ama y hasta pontifica prolijamente toda la exuberante riqueza del monte»-³ con una magnífica prosa poética («un espléndido castellano elegante y austero», dice María Solé)⁴ en el Prólogo, que más que paratexto,⁵ aquí es texto, texto en sí. Se trata de dos páginas muy acertadas, escritas con delicadeza, cuajadas de recursos que embellecen su formulación: paralelismo, metáforas, antítesis, epítetos, personificaciones, etc. Así se suceden las estaciones en un pueblo andaluz de sierra onubense, así transcurre el tiempo, el círculo del tiempo, el ciclo de la vida:

«El pueblo es apenas un brochazo de cal entre montañas. Allá abajo, donde los cañaverales y los chopos, pasa el agua de la rivera con su manso rumor. Algunos veranos se estanca. Algunos inviernos torrentea. También los hombres hacen la huerta y la taberna que no parecen los mismos. Y las mujeres, con su ir a la fuente, el paso firme y sosegado; a ratos, sin embargo, tan bulliciosas y como faltas de ocupación (...). Lo peor es lo que va de noviembre a los albores de marzo. Poco a poco se diluyen las íntimas gracias del otoño, como son los tonos rojizos del cerezo o el dorado temblor de la chopera, cuyas ramas se desnudan y se elevan al cielo, con un algo de piadosa desesperación. Es también tiempo de lluvias. Las que primero despiertan el humus del castañar en vaharadas de niebla, con su perfume agreste, y luego no traen más que barro. Una barro oscuro y espeso, intransitable; gran amigo, por cierto, del mus, del billar y de otras cosas salobres -como la envidia-. Y cuando deja de llover el frío. Un frío seco que se mete en la carne con su agujijón de nieve (...). El verano, en fin, es tan suave que se diría no hay más que una estación, de abril a octubre, con algunos festejos y amoríos, que a duras penas llegarán hasta la falsa euforia del mosto. En seguida, otra vez el otoño dorado. Y el invierno, largo invierno» (pp. 9-10).

³ Jorge Bogaérts, «¿Existe el paraíso?» (reseña del libro), *La nueva España* (Oviedo, 19 - VII - 1991).

⁴ María Solé, reseña del libro en *ABC* de Sevilla, ABC cultural (1991).

⁵ Usamos el término en el sentido en que se hace y explica en Gerard Genette, *Palimpsesto. La escritura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 11-12: «El segundo tipo (de transtextualidad) está constituido por la relación (...) que, en el todo formado por una obra literaria, el texto propiamente dicho mantiene con lo que sólo podemos nombrar como para texto: título, subtítulo, intertítulos, prefacios, epílogos, advertencias, prólogos, etc.».



Desde este pórtico aparecen ya las palabras que designan plantas, árboles, flores, frutos propios de la sierra onubense: cañaverales, chopos, encinares, setas, madroñeras, lirios, arándanos, cerezos, castañar, jaras, campanillas, menta, retama, brezal. Y otras, como rivera: «...pasa el agua de la rivera con su manso rumor», con «v», como suele escribirse en la zona, con su uve etimológica. Como anécdota, nos cuenta el autor que los miembros del jurado estuvieron a punto de no concederle el premio por mor de esta «supuesta» falta de ortografía; él mismo viene luchando con ahinco pero escaso resultado para que las señalizaciones de la zona indiquen rivera con «v» y no con «b».

En otras páginas se repite o se incrementa este léxico formado por multitud de nombres de plantas y animales de la sierra. En el inicio del capítulo 6 leemos: «Pasó el otoño con su múltiple oro en la chopera, en los álamos, en los cerezos... Y llegó la lluvia, que acabó de hinchar los erizos del castañar. Luego se presentó el invierno, con un repente helado que obligó a todos, personas y animales, a procurarse abrigo -y pretexto para moverse lo menos posible-» (p. 39). Tiempo duro y recogido el del otoño, apropiado para «contar cuentos al amor de la lumbre» (es una cita intertextual que nos remite a su colección de cuentos publicada en ediciones Anaya y que está en la biblioteca de muchísimos hogares).

En otro lugar se describe la naturaleza en la explosión primaveral de marzo: «Allí aparecían las campanillas blancas, o la flor del saúco («cristal de nieve») y las bolitas rojas del acebo. Poca cosa todavía. A uno o dos meses, todo se tornaría maravillosa alfombra, entre violetas y jacintos silvestres, cantuesos y nomeolvides, menta y acedera... algo realmente impresionante que Zarco terminaba de imaginar con lo que ya se veía o sobre el recuerdo de primaveras anteriores» (p. 90). En el capítulo 14 se describe la búsqueda del lobo: «Más bien intuía el muchacho que el lobo hubiera ido a refugiarse mucho más lejos, mucho más incluso de las primeras cumbres rocosas que ahora estaban a punto de coronar. Allí era donde empezaba realmente la zona de altos matorrales, hasta extenderse en una suave pendiente de tres a cuatro leguas, salteadas de pinares ralos, algarrobos y almeces de piel lisa» (pp. 86-87). A continuación escribe el narrador: «(Era curioso, pero alguna vez a Zarco se le había antojado que la piel de Marta era como la de los almeces jóvenes, y ahora, de pronto, recobraba aquella sensación con un palpito indomitable)». Incluso ha usado los paréntesis. Per-



fecta expresión de la conexión entre la presencia física y simbólica de la naturaleza.

Zarco busca conexiones, semejanzas entre los elementos de la naturaleza y las características de su joven amada. Porque en la obra se desarrolla una historia de amor: Zarco ama a Marta, la hija del tabernero. Es capaz de gritar su nombre, con emoción, a los aires del monte y pensar que allí, en marzo, aquello es «un lugar parecido al paraíso», con Adán (Zarco), Eva (Marta) y la naturaleza (el perrillo Jero, el lobezno, las plantas, la alta sierra, la intuida presencia del mar...). Este fragmento justifica el título del libro.

Hay además un símil, un paralelismo entre Naturaleza, geografía y sierra -un paraíso- y la edad de la infancia y pubertad -otro paraíso-:

«El objetivo no podía ser otro que el de alcanzar el punto más elevado de aquellas serranías, donde el aire se volvía tan sutil y tan claro que podía divisarse más de media provincia en declive hacia el mar. (De éste, sólo un espejismo entre remotas brumas azules).

A Zarco le pareció descubrir el mundo en aquel instante. ¿Del Paraíso hablaban sus últimos pensamientos? Hasta el gorjeo de los pájaros se escuchaba con tal nitidez que bien pudieron ser los primeros sonidos de la creación. Las diferentes masas arbóreas, el aire templado, el sol arriba, la incipiente floración primaveral, los arroyos afluyendo a la umbría, todo invitaba a sentirse en la hermosa soledad del primer hombre, subrayada por la fiel compañía del perro. Sólo faltaba la súbita aparición de la mujer, Marta sin duda, suponiendo que ella se prestara a refundar con él toda la humanidad» (pp. 93-94). Juan F. Álvarez Macías ha hablado de «exaltado misticismo panteísta», de «cosmología» que «se transmuta en cosmogonía» ante páginas como éstas en las que Zarco «casi vive figuradamente la formación del universo».⁶

Y aun otro paralelismo: la relación -anotada por María Solé en la citada reseña del libro- entre Zarco y el lobo. Escribe Solé: «El animal, un mestizo entre perro y lobo, puede reaccionar en el futuro de forma distinta

⁶ Juan F. Álvarez Macías, reseña del libro, *Monteagudo. Revista de Universidad de Murcia*, 11 (Murcia, febrero 1993), pp. 65-69.



a los congéneres de su raza, mientras que Zarco ha conocido algo más que los estrechos límites geográficos y mentales del pueblo y está en condiciones de juzgar las cosas de forma crítica». Creemos que, en la línea de *Platero y yo*, aquí se expresa la bondad -Zarco- y la ira -del pueblo- conviviendo juntos es esta suerte de paraíso. Es la excelencia del niño frente al mundo feo, lleno de prejuicios, del adulto.

El cachorro humano -Zarco- se hace amigo y defensor del cachorro animal -el lobezno-. Se enfrentan así Zarco y don Víctor (su amigo adulto, que también cree que el lobo es noble) y el resto del pueblo, lleno de prejuicios ancestrales y de temor hacia cualquier lobo:

«Al principio, Zarco comprendió que al animal le gustaba el juego, y que podría ser su amigo. Así se lo explicaba don Víctor con aquella voz pausada y grave:

- Un lobo es un animal noble, que guarda su agresividad para cuando le es necesario. Quiero decir que no es una bestia degenerada, ni nada por el estilo, y si se le enseña bien, acabarás encontrando por ahí a perros más peligrosos.

Zarco recordaba entonces lo que se decía en el pueblo. Que no hay manera de domesticar a un lobo; que si éste atacara sólo por hambre, no reventaría en la manada lo que nunca se podrá comer, indicando que es malo de corazón. Y no vendrían de vez en cuando los loberos con algún ejemplar abatido sobre sus bestias preguntando por los ricos, para cobrar recompensa» (pp. 22-23).

Novela didáctica, de fondo ecológico, pues. Almodóvar busca, según Bogaérts,⁷ el equilibrio entre hombres, fieras y plantas. Y, como comentábamos, de carácter iniciático. Don Víctor, el forastero mal mirado, el adulto solitario que encierra alguna historia, ayuda a Zarco a comprender la naturaleza y a identificarse más con ella, como ya hemos demostrado. Todo sucede en un lugar idílico por su templanza, su serenidad, su belleza. Todo sucede en la sierra de Huelva, magníficamente descrita en estas páginas con un «espléndido castellano elegante y austero» -comenta de nuevo María Solé-, con un lenguaje sencillo, con sabor -correcto- a pueblo (nunca «de

⁷ Jorge Bogaérts. op. cit.



boina y zurrón»), con acierto narrativo y honda verdad y belleza en la descripción.

No es equivocado ni exagerado el título, pues penetrar en la sierra descrita, en la alta sierra de Huelva es acercarse a «un lugar parecido al paraíso». Así lo describió también Benito Arias Montano hablando del cercano lugar de la peña de Alájar, o Peña de Aracena: «Estancia que por ninguna ciudad la trocaría por no haber visto en cuanto he andado de España (...) la altura del lugar, la templanza del cielo y muchas otras partes a propósito de un acomodado retiro (...)».

Francisco Pacheco habló de «sitio el más apazible i de la mayor recreación de España», y el poeta Rafael Montesinos, sevillano desterrado en Madrid, y que vivió dulces veranos de juventud en Alájar, sólo cuenta gloria de estas tierras.

Un lugar parecido al paraíso encierra una visión física y simbólica de la naturaleza, descrita con brillantez y lirismo, amén del necesario conocimiento surgido del contacto directo.